

distincion de lo probable *en especulacion*, y de lo probable *en práctica*, los equívocos y las restricciones *mentales*.» Allí vereis en pocas palabras lo que hay de bueno y de malo en estos puntos de doctrina; y si los Jesuitas son culpables, merecen escusa, ó son dignos de alabanza, por lo que han enseñado sobre todo esto. Una hora de lectura es bastante para que quedeis suficientemente instruidos en estas materias, de las que la mayor parte de las gentes solo tienen un conocimiento muy superficial (1). Los casos que sirven de ejemplos son tomados de la séptima y octava *Provinciales*, y de las otras restantes que no quereis tomaros la pena de examinar.

Lo segundo que os pido, pertenece al artículo con que concluye la última *Carta* de las diez dirigidas al Provincial, artículo que Pascal llama *el misterio completo de iniquidad*; porque el es concerniente al amor de Dios, que los Jesuitas, segun él, dicen *no ser necesario á la salvacion*. Es indispensable, si os place, que para tratar de este punto, nos reunamos un día de estos en la biblioteca de vuestro amigo el Jansenista; y yo espero recompensaros con esto, de la ocasion, que perdisteis últimamente, de vernos juntos á los dos batiéndonos sobre otras materias no menos importantes.

Eudoxio y Cleandro le contestaron, que les daría un grande gusto en comunicarles esos pequeños escri-

(1) Estos pequeños tratados forman la tercera y última parte de esta *Refutacion de las Cartas Provinciales*.

tos; y que en cuanto á la concurrencia con el Jansenista, ellos se comprometian á proporcionársela el día que convinieran con este; lo que no creían muy difícil que lo concediera, atendido el gran concepto con que miraba á su consocio Pascal, y el desprecio que hacia de sus adversarios.

SEPTIMA CONVERSACION.

Calumnias de Pascal contra los Jesuitas en lo concerniente á su doctrina, tocante al amor de Dios. Recapitulacion de sus imposturas.

ESTA séptima y última conversacion se tiene en la biblioteca de Timante (este es el nombre del Jansenista de que se ha hablado anteriormente). Desde las primeras palabras, que le dice el Abate acerca de las *Provinciales*, él se enardece, y promete sostener en todos sus puntos la exactitud y la verdad de este libro *admirable*. Los tres amigos, que sabian bien á lo que debian atenderse con respecto á él, segun el examen profundo que habian hecho, le manifiestan, que una sola cuestion los ocupaba en este momento y los movia á venir á su casa. Se trata del *amor de Dios*. ¿Qué es lo que sosteneis sobre este artículo con Pascal en contra de los Jesuitas?

Yo sostengo, responde Timante, la proposicion de Pascal en toda su estension: que *los Jesuitas enseñan, que el amor de Dios no es necesario á la salvacion*. ¿Y vos, dice Eudoxio, al Abate?

Yo sostengo, contesta éste, que los Jesuitas "enseñan todo lo contrario;" y me obligo á probarlo. A vos, en efecto, toca la prueba, dice Cleandro, pues afirmáis el hecho, que niega Timante. Mostradnoslo en los libros de los Jesuitas.

Nosotros gastariamos mucho tiempo, contesta el Abate, si pretendiesemos leer unos en pós de otros á todos los escritores de la Compañia, que dicen en términos formales, que el amor de Dios es necesario á la salvacion. No hablo por ahora de los libros de meditaciones, ejercicios espirituales, prácticas cristianas y una infinidad de otras obras de devocion en que los Jesuitas nada predicán mas que el amor de Dios. Dejo á un lado á los Rodriguez, Croisset, Hayneuve, Suffren, Puentes y otros mil que lo dicen desde el principio de sus escritos. Yo me limito á sus teólogos, cuya lista no es menos corta, y la podreis ver en parte en un libro impreso en Lovayna en 1639, titulado: *Sexaginta quinque propositiones nuper à Sanctissimo Domino nostro Inocentio XI. proscriptae, à Societatis Jesu theologis diu ante Sanctissimi Domini decretum consensu communissime rejectae*; (1) en el que se cuentan treinta de ellos. ¿Os contentareis por ahora con nueve ó diez; pero de los principales, y que pueden mirarse como los oráculos del Orden?

Yo os concedo la mitad, responde Timante, con un tono osado y afirmativo. No contengais al Señor Aba-

(1) Estas sesenta y cinco proposiciones condenadas por Inocencio XI., contienen toda la doctrina de los Jansenistas.

te, dice Eudoxio; y no os avanceis mucho: porque tengo experiencia que es muy seguro en sus citas. Principiemos, sigue el Abate, por el Cardenal Belarmino. Hacedme el favor de darme el cuarto tomo: escuchad. „La Escritura Santa no solamente dice, que „la caridad es un don de Dios, mas ella nos manda además amar á Dios. Pero ella no nos ordena el conservar únicamente el hábito infuso de la caridad; sino que „nos obliga á amar á Dios con todo nuestro corazón: „porque las leyes tienen por objeto los actos (las virtudes que ellas mandan) y no los hábitos.”

El Abate toma al Cardenal de Lugo, y lee en el Tratado de la Penitencia estas palabras. „El precepto „de amar á Dios es absolutamente de derecho natural; „y aun cuando no hubiese orden positiva de Dios, este precepto nos obligaria, en lo que todos los teólogos convienen.” Vos me citais aquí Cardenales, replica Timante; es decir, personas que al quitarse la sotana de la Compañia se han desnudado de sus perversas máximas.

Vos ignorais, contesta el Abate, y no estais obligado á saber tan exactamente la cronologia de todos los libros de los Jesuitas. Belarmino y Lugo eran todavía miembros de la Compañia cuando han compuesto los que acabo de citaros, y al afirmar el último que «todos los teólogos convenian en este precepto:» él comprende, sin duda, en esta proposicion general á todos los teólogos de su Orden, á lo menos tanto como á los demás. Pero, pues vos no quereis Jesuitas Carde-

nales yo dejo á Toledo, cuyo testimonio iba á alegaros, y voy á limitarme á los que no han sido sino Jesuitas, aunque algunos muy acreedores al capelo. Yo veo en vuestro estante el tomo de Suarez, que trata de las tres virtudes teologales: oid lo que dice en el *Tratado de la caridad*.

„Digo primeramente que este precepto es para todos los hombres. Esto es constante por el sexto capítulo del Deuteronomio: *Amarás al Señor vuestro Dios de todo vuestro corazón, etc.* y por el décimo de San Mateo: *Este mandamiento es el primero y el mas grande de todos...* La razon de mi conclusion es, que este amor es un medio necesario á la salvacion: ahora bien, esta suerte de medios son siempre de una obligacion de precepto.

Ciertamente, interrumpe Cleandro, cuando Pascal ha dicho, que los Jesuitas enseñaban «que el amor de Dios no es necesario á la salvacion,» debió exceptuar á Suarez, porque no se puede expresar mas decididamente sobre esto, que como él lo ha dicho en lo que acabamos de oir leer: *hujusmodi dilectio est medium NECESSARIUM ad salutem*. Sin embargo, juzgando por la estimacion, en que entiendo se halla este teólogo, no solo en la Compañía, sino aun entre todos los que se dedican á esta ciencia, si los Jesuitas fuesen obligados á determinar á alguno de su cuerpo, que quisiesen se considerase como el teólogo de la Compañía, estoy seguro, que no eligirian á otro. Y efectivamente, á lo que se me asegura, no hay ninguno,

cuya doctrina sea mas la de los Jesuitas, que la de este autor, á quien casi siguen universalmente.

Yo agregaré á esto, dice Endoxio, para probar el aprecio que se hace de este teólogo, sobre todo en España, lo que un amigo mio que ha viajado mucho en este pais me ha contado recientemente: á saber, que la reputacion de Suarez era tan grande, que en la mayor parte de las Universidades se le cita en las disputas, sin que aquellos á quienes se oponia su autoridad, se atreviesen á refutarlo, y antes se veian obligados á conciliar lo que se les oponia de su doctrina con su thesis particular.

Bien veis, repone el Abate, por lo que acababan de decir mis dos amigos, que si en efecto los Jesuitas quisiesen honrarse en la escuela, con el nombre de uno de sus teólogos, como los Tomistas con el de Santo Tomás, bien pudieran preferir á Suarez (1) respecto de Molina. Efectivamente, pocos Jesuitas siguen á este último en comparacion de los que profesan y se hallan adheridos á las opiniones y principios de Suarez, de Vasquez y de Belarmino, y todos no son Molinistas, sino en cuanto sostienen y

(1) Los Sumos Pontífices Paulo V. y Alejandro VII., Vicarios de Cristo en la tierra, recomendaron altamente los escritos de este ilustre Jesuita, distinguiéndolo con los títulos de DOCTOR EXIMIO; Varon de insigne piedad y erudicion; muy eminente en la Iglesia; Príncipe de los teólogos de su edad; Doctor de superior esfera; Columna de la Iglesia.... Y el *chef d' ouvre, la maravilla mas antigua de la prensa francesa*. *iii Las Provinciales de Blas Pascal*....!!! Fueron quemadas con infamia por mano de Verdugo.—N. d. T.

con razon, «que la doctrina de Molina carece de error;» porque no puede hallarse una sola, que si se desfigura, como muchas veces lo hacen sus adversarios, no pueda ser refutada con ventaja; pero como vos dais el nombre de *Molinista* á todos los que están en oposicion con vuestras doctrinas, es muy del caso que yo la sostenga dignamente, y os demuestre, que si se sigue á Molina, Pascal no ha dicho verdad, cuando ha avanzado, que los Jesuitas enseñan «no ser necesario el amor de Dios á la salvacion.» En un momento he hallado el lugar de que hablo: escuchadlo.

„Yo estoy persuadido, que nosotros estamos obligados, bajo pena de pecado mortal, en virtud del precepto del amor que debemos á Dios, á tomar la defensa de sus intereses; á oponernos á lo que pueda ofender su honor y gloria; á hacer todo lo que podamos creer ser útil á este fin; y que debemos hacerlo aun con peligro de nuestra misma vida. Lo que no impide, dice aun dos páginas despues, que no haya un precepto particular del amor de Dios, como de una cosa que le es debida; y que este amor no nos sea mandado como un medio necesario para obtener la posesion de Dios y la vida eterna.”

El Abate toma en seguida á Tannero, y lee estas palabras: „El mandamiento que nos obliga á amar á Dios, es como un primer principio conocido de todo el mundo.”

El encuentra en Valencia lo que sigue: „Cuando preguntamos, cómo y en qué tiempo nos obliga el

„mandamiento de amar á Dios, presuponemos como una cosa cierta, que hay uno. Porque esto es evidente por la Escritura y la razon.” Y mas abajo. „Digo en primer lugar, que nosotros estamos obligados por este mandamiento á amar á Dios, no con un amor comun, sino como á nuestro último fin, y por consiguiente con un amor supremo, de preferencia, y sobre todas las cosas.”

Layman habla de esta manera: „Este precepto del amor de Dios es llamado *el primero y el mas grande de todos* en San Mateo, cap. 22, porque él toca al primer acto de la virtud mas excelente y la mas necesaria á la salvacion.”

Oid lo que enseña Bécán sobre esto: „Hay un doble precepto de amar á Dios: el primero es un precepto general que es comprendido en todo el decálogo, y que nos obliga á guardar la ley de Dios: el segundo es particular y positivo, que nos obliga á producir el acto de caridad, sea que este acto sea un movimiento de amor á Dios, ó de aborrecimiento del pecado, en tanto que ofende á Dios.”

Tomás Sanchez discurre así: „Es constante, que hay un mandamiento de amar á Dios. La razon es, que el acto de amor de Dios es necesario á la salvacion. *El que no ama*, dice San Juan, *permanece en la muerte*. Ahora bien, todo lo que es necesario á la salvacion está mandado.”

Vos pretendéis sin duda, dice Eudoxio, hablando á Timante, que el Señor Abate trastorne toda vuestra

biblioteca; ya no hay mas lugar en la mesa para colocar tantos tomos *in-folio*. ¿No habrá con esto bastante para convencer á Pascal de mentiroso, ó temerario? De mentiroso si ha consultado estos autores, como debió hacerlo: de temerario, si él avanzó sobre la palabra de otro: *que los Jesuitas enseñan, que el amor de Dios no es necesario á la salvacion*. Los citados cabalmente son sus mas famosos y hábiles teólogos, y la mayor parte de los otros solo son sus compendia-dores y copistas: ¿qué teneis que contestar á todos estos hechos?

Yo respondo, dice Timante, tan sorprendido como embarazado, con otra enumeracion que Pascal hace en el mismo lugar, segun la cual, los mas famosos Jesuitas de Francia han sido de una opinion contraria. Escuchad al Jesuita, que hace hablar en sus *Provinciales*. „Así es como nuestros padres han descargado á „los hombres de la obligacion de amar á Dios actual- „mente, y esa doctrina es tan ventajosa, que nuestros „padres Annat, Pintereau, le Moine y el mismo An- „tonio Sirmond, la han defendido vigorosamente cuan- „do se ha querido combatir.” Me parece, añade el Jansenista, que un P. Sirmond vale mas que un Sanchez, un Suarez, un Layman, y puede ser, que otros muchos juntos.

El Abate, no pudiendo contener la risa al oír estas últimas palabras de Timante, le dice; ¿pues qué creis que este P. Sirmond, de que se habla aquí, es el famoso Sirmond, quien, á pesar de la envidia de

los Jansenistas, ha conservado una grande reputacion entre todos los sábios, no solo católicos, sino aun de todas las sectas y partidos? No es ciertamente este del que se trata en este pasage: vuestro error es, sin embargo, perdonable, pues se funda en la malicia de Pascal.

En efecto, cuando despues de los Padres Annat y le Moine, sujetos muy conocidos y recomendables por muchos motivos, se ve añadir por una especie de graduacion, y aun *el mismo A. Sirmond*, ¿quién no creeria que este es el célebre P. Sirmond? No se conoce sino á este en el mundo, y no es conocido comunmente mas de por su apellido. La preferencia de mérito y de autoridad que esta palabra MISMO dá al escritor de que aquí se trata al mencionar á los otros dos, no deja dudar que sea este, el único que puede entrar en paralelo; y de dos mil personas que habrán leído las *Provinciales*, apenas habrá seis, que no hayan creído, que la Compañia ha sido lastimada sumamente con este reproche, hecho á uno de los que constituyen su mayor ornato; y yo os perdono, que bajo este equivocado concepto lo hayais opuesto á los Suarez y Sanchez, á los Layman y Molina, á los Cardenales Lugo y Belarmino.

Mas, realmente, y aunque aquel de que habla Pascal «es un hombre muy poco conocido y de ninguna consecuencia;» no dejaremos sin embargo de examinarlo, porque entiendo que la idea que se dá de la doctrina de este P. A. Sirmond no es muy verdadera. Vea-

mos antes si es cierto que los Padres Pintereau, Annat y le Moine defienden *vigorosamente*, la opinion que se les atribuye; porque en esto parece, como en el nombre de Sirmond, que hay alguna equivocacion por no decir cosa peor. ¿Teneis, dice el Abate á Timante, las apologias de los Jesuitas contra la *Teologia moral*?

Yo tengo, contesta este, cuanto se ha escrito en pró y contra en esta materia; aunque os confieso ingenuamente, que no he leído mucho quanto los Jesuitas han publicado en su defensa: esto es muy serio y no me divierte nada, al revés de lo que me pasa cuando leo á Pascal. Además, lo que este dice, tiene cierto viso de verdad, que persuade por sí mismo, y dispensa de leer todas estas rapsodias de pasages, que sus adversarios han hecho despues para refutarlos.

Este método de no oír sino á una de las partes, replica el Abate con ironia, es admirable para juzgar con rectitud y equidad; y tomando al mismo tiempo el libro atribuido al P. Pintereau, que tiene por título: *Las imposturas é ignorancias del libelo titulado la Teologia moral de los Jesuitas, por el Abate de Boisic*, lee el lugar citado por Pascal, en que el autor no hace otra cosa que sostener estas palabras del Concilio de Trento; *que la atricion concebida por el temor del infierno, dispone al pecador á recibir la gracia en el sacramento, aunque fuera del sacramento ella no basta para justificarlo*. En este lugar muestra el Jesuita, que la opinion que lleva, «que la atricion con el sa-

ramento justifica:» es la doctrina de casi todos los teólogos, sobre todo despues del Concilio de Trento; que aunque estos no traten de heregia el parecer contrario, lo miran muchos, no obstante, como temeraria; tan expresas parecen ser las palabras del Concilio sobre el particular. Además cita en su apoyo una censura de la Sorbona del año de 1638, que dice lo mismo. En todo este texto del P. Pintereau no se ve una sola linea, que indique, «que el amor de Dios no es necesario á la salvacion» ¿Cómo, pues, y por qué reglas de buena fe, se atreve Pascal á poner á este teólogo en el número de los que sostienen la opinion, que él atribuye al P. Sirmond, *que el amor de Dios no es necesario á la salvacion*? ¿No se puede sostener con los teólogos católicos la doctrina del Concilio de Trento sobre la atricion, sin hacerse sospechoso de la que destruye el precepto del amor de Dios?

¿Y qué no veis, replica Timante, que en las palabras que Pascal ha citado, vuestro Jesuita trata de *penosa* y de *dificil* la obligacion de amar á Dios?

Es de necesidad, contesta el Abate, no variar nada en los términos: vedlos tales, cuales el mismo Pascal los refiere. *Ha sido, pues, razonable, que él quitase la obligacion penosa y dificil, que habia en la ley de rigor, de ejercer un acto de perfecta contricion para ser justificado; y que instituyese sacramentos, que pudiesen suplir su falta, con la ayuda de una disposicion mas fácil*. Si Pintereau ha dicho, que esta obligacion «de una contricion perfecta» era *penosa* y *dificil*,

lo ha dicho siguiendo á una infinidad de teólogos, y esto es muy verdadero en el sentido en que tantos sujetos hábiles lo han escrito. Un acto de contrición perfecta, que contiene un acto de puro amor de Dios, es el acto heroico de la virtud cristiana el mas directamente opuesto al amor propio, de quien él excluye y sofoca todos los movimientos, que parecen los mas legítimos. Aquí se trata de un pecador, que debe salir por el de su pecado, romper con este esfuerzo sus cadenas, y esta voluntad toda de fierro, dice S. Agustin, que lo tiene aprisionado. Es necesario para este acto una de las mas fuertes gracias que haya en los tesoros de la misericordia de Dios. En fin, este acto es tan difícil y tan contrario á la naturaleza corrompida, que la Teología de Puerto-Real «la concede á muy pocos del mundo;» y que esto ha sido en parte sobre la dificultad de producirlo, el motivo porque se excluía en otros tiempos de la comunión á tantas personas penitentes por años enteros, aun en las Pascuas, «á pesar del precepto de la Iglesia.»

¿Quien duda, pues, que si esta doctrina es verdadera, «que la atrición basta con el sacramento para justificar á un pecador,» esto no sea un favor particular concedido al Nuevo Testamento, y un efecto muy ventajoso de la sangre de Jesucristo derramada por nosotros, y aplicada á los pecadores en el sacramento de la penitencia; pues que esto es una facilidad de volverse á Dios, que no tuvieron los que vivían bajo el yugo de la ley antigua? ¿Donde existe, por tanto, el motivo

para exclamar, como lo ha hecho Pascal, inmediatamente despues: *¡O mi Padre! no hay paciencia que vos no agoteis; y no se pueden oír sin horror las cosas que acabó de escuchar?* Y luego prosigue con un sermón entero, lleno de nuevas imposturas y de nuevas calumnias, en que se abusa de los pasages de la Escritura relativos al amor de Dios, para inferir las mas sangrientas heridas, que puedan jamás hacerse á la caridad cristiana y fraternal.

Se acaba de leer lo que dice el P. Pintereau sobre esta materia, y las apologias de los Padres Annat y le Moine, lo que todo se reduce no á sostener el juicio del P. Antonio Sirmond, «tal como se le atribuye,» sino á defenderlo, demostrando que sus acusadores habian comprendido mal su pensamiento, y que sus expresiones nada tienen de mas malo, que las de muchos otros católicos, contra los cuales nadie se ha levantado jamás.

Timante, cuyo embarazo aumentaba á medida que avanzaba la discusión, se divagaba en mil cuestiones inconducentes y fútiles, hasta que volviéndose bruscamente al Abate, le dice: ¿Declaradnos, en fin, no abandonais siquiera á la critica de Pascal al P. Sirmond? Ya veremos, responde el Abate, si últimamente os concedo este artículo de vuestra capitulación; pero antes permitidme intentar al menos su defensa.

Esto no me parece muy necesario, interrumpe Cleandro, para satisfacer nuestra curiosidad. Ni Eudoxio, ni yo tenemos que ver mal ó bien, con los manes de este